

LAS FIESTAS DE RODÓ

Sobre la muchedumbre que pasa se abren las alas de la apoteosis. El alma está radiante de una claridad desconocida que anega las cosas más humildes y va sobre la multitud férvida como un viento de luz. Los árboles de la Avenida tiemblan de verde, como las estrellas de plata, y los espíritus de emoción. La avalancha conmueve el aire de la ciudad que abate sus banderas multicolores, golpea sus campanas de bronce, enluta sus lámparas eléctricas, detiene la actividad comercial de sus fábricas, y arroja, por las manos de sus mujeres maravillosas, una lluvia constante de rosas blancas y laureles rosas.

La muchedumbre ha esperado en los muelles al crucero que llega; ha formado el largo cortejo que acompaña los restos del Maestro; le ha puesto a descansar veinticuatro horas en las gradas del atrio de la Universidad; le ha cuidado con desvelo y con grandiosidad en la noche y en el día; se ha arrodillado ante el catafalco y ha rezado sus preces de gloria, como un enorme coro griego de voces inmortales. La muchedumbre ha sentido la inquietud emocional de una hora tremante como un arco, y no descansó un momento hasta que se hizo la primera noche de Panteón Nacional al héroe moderno, derrotado pero no vencido, que el Uruguay consagra para la eternidad.

En el alma sagrada de la muchedumbre estremeci-

da, saludamos la gloria eterna de Rodó, que vuela en las alas de Ariel y se escapa del Mirador de Próspero como un pedazo de sol.

La naturaleza se adelanta a los pueblos en las grandes solemnidades. El primer homenaje que el Maestro recibe, cuando los buques van a entrar a la bahía expectante, es la bendición llorada por los cielos de la patria, que se nublan de improviso y llueven su lluvia de duelo, como si la gran madre común abriera sus brazos y se arrojara sollozando antes que nadie, sobre su hijo dilecto.

La mañana ha sido gris y triste, para ir abriéndose clara y pálida, a medida que las horas se acercan. A las 15 y 40, el "Uruguay" atraca al muelle frente al inmenso gentío silencioso, mientras la música de los clarines y el retumbo de los cañones llenan la bahía, el cielo, la tierra y las almas. La bandera nacional se inclina desde el mástil de nuestro crucero, saludando los despojos sagrados. Nuestros marinos jóvenes reverencian y descienden a tierra la caja de roble y bronce. Sobre una cureña de campaña, descansan el féretro, en tanto que la multitud se mueve dificultosamente delante las miradas de la ciudad entera. Presiden el duelo los hermanos del muerto, el comisionado Bachi- ni, — portador de los restos venerados, — la Comisión de Homenaje, los representantes del Gobierno. La columna avanza emocionada y en silencio, hacia el corazón de la ciudad que le espera, y en las almas femeninas que asisten, hay palideces que trasuntan el sollozo interior. La primera jornada es sencilla, sin protocolos, sin aparatos, con la grandeza simple del pueblo que sigue a la cureña de los seis caballos, — un poco recogido y otro poco anhelante, — de

acera a acera, — como una masa uniforme y compacta, apretada en los hombros y en los corazones. A medida que entramos por las calles más amplias, el cortejo se alarga hasta quedar inmenso, y pasa lentamente, entre la doble guardia maciza de las aceras, y bajo los balcones y las azoteas que tienen niñas y ancianas innumerables para cubrirnos de flores. En la calle Cerrito, frente a la casa familiar de Rodó, la procesión se detiene, imponente. Son diez minutos dedicados al espíritu solariego de la vieja casa, en cuyos balcones hay mujeres que lloran, y de cuyo interior nos llegan largos quejidos que escalofrían a más de cuatro mil almas. Las hermanas de Rodó claman allá dentro el dolor de su desolación, que agranda la orfandad reciente de veinte días, en que las dejó doña Rosario, la ilustre matrona inolvidable, que no pudo llorar y arrojarse sobre la caja de su hijo. El introductor de embajadores, que acompaña a los dolientes en delegación del gobierno, recibe las coronas de la familia y de los amigos, que aguardaban allí la hora de cumplir su mensaje póstumo.

Ya cubren la cureña las coronas y las flores naturales, y el cortejo continúa su marcha, al ritmo angustioso y profundo de la música fúnebre, que puebla las calles como una melancólica letanía. Las campanas de la Catedral doblan sus grávidas oraciones, que asustan a las palomas blancas anidadas en las torres. El pasaje de Sarandí es un río de hombres y mujeres, que se mueve allá abajo, sobre el asfalto gris, mientras las casas altas de tres pisos, con los balcones cubiertos de palmas y banderas enlutadas, parece que quisieran acercarse los frentes entristecidos. En la plaza de la Independencia, el público se desborda. Pasamos por la Avenida y la concurrencia aumenta sin límite y con ansiedad. Caen las rosas, los nardos, los laureles, sobre la

carroza y el pueblo. Hay varias escuelas primarias tendidas al borde de las aceras: un grupo numeroso de maestras se incorpora a la columna: allá al frente, la multitud que aguarda es mayor que la que llega.

Son las 17 y 30. Estamos a cincuenta metros de la esplanada de la Universidad y vienen a recibir el féretro, ocho o diez cadetes de la Escuela Militar, jóvenes y gallardos como el símbolo mismo de la juventud.

El espectáculo es grandioso. Darse vuelta para sentir la impresión de aquella multitud, es llenarse los ojos de millares de caras ansiosas que vienen desde el fondo mismo de la Avenida y traen el ímpetu insostenible de rodear ellos, el catafalco del Maestro. Está la juventud de la patria, y la de otras patrias, algunas tan lejanas como la del Salvador y la del Paraguay, y la de la Argentina mismo. Están los ancianos y los obreros, los militares y los sacerdotes, los niños y las mujeres. Y sobre todo, las mujeres, — nuestras mujeres, — que traen flores en las manos que tiemblan y lágrimas en los ojos que rezan.

Las guardias públicas son arrolladas por la muchedumbre, que no puede reducirse, y en un helan enorme, irrumpe, con la grandeza incontenible de las olas humanas, hasta llegar, de un sólo golpe, más arriba de la escalinata de la Universidad, y estrujarse sin salida y en desorden, en un largo hulular de esfuerzo y de imposible. No hay elementos que detengan aquella fuerza triunfante, aquel empuje desatado.

A duras penas, haciendo esfuerzos sobrehumanos, una veintena de hombres colocan el ataúd sobre el catafalco. La bandera nacional envuelve la caja alta y grande, mientras se abate desde el balcón central de la Universidad la bandera de Artigas, que cobijará un día y una noche, como un palio, como una bendición, los restos de Rodó.

El portón central de la Universidad está clausurado con un ancho paño violeta de adornos negros, que viene a decorar el catafalco, demasiado pequeño para tan grande gloria. Le falta suntuosidad, grandeza, magnificencia. No hay columnas, no hay cortinajes, no hay atributos. La sencillez demasiado escueta y pobre, no realiza la sencillez griega que queríamos. El catafalco es mínimo, y desaparece bajo la caja y las ofrendas y las flores.

Las bandas tocan el Himno Nacional que reverencia al héroe, y termina la primera jornada con el discurso amplio, grande, hermosísimo, que el comisionado Bachini dice entrecortado y grave, a los pies del catafalco. El doctor don Rodolfo Mezzera, — Ministro de Instrucción Pública, — recibe los despojos y los entrega a la custodia del Rector de la Universidad, en un discurso elocuente, de concepción alta y de brillante forma, que exalta la tolerancia, la concordia, el ideal.

Se establece la primera guardia militar y en seguida la primera civil, en tanto, aquel mar humano, que no pudo escuchar los discursos, va llegando y rodea el túmulo por largos momentos, en un ambiente férvido, que se continuará hasta el otro día.

Se encienden los primeros focos velados por el tul de los crespones, y la multitud que se renueva, no decrece. Ahora se establecen ocho bomberos con hachones encendidos y hay dos grandes pebeteros fúnebres, que diluyen el incienso como una nube que se deshace sobre las cabezas. Las antorchas encendidas, los bomberos hieráticos dentro de su armadura y su casco bronceado, el perfume de los incensarios, la armonía religiosa de la música funeral, y otra vez, y siempre, el gentío que llega, que rodea, que se detiene y que sigue.

Coronas, coronas, — placas de bronce y de pórfito, — homenajes altísimos, — y ofrendas humildes. — En

el atrio de la Universidad se van exponiendo, así como llegan, entre tanto se llenan los albums, que pasarán de cien.

En aquel sagrario de la inmortalidad de Rodó, está la patria como delante de un altar, y la apoteosis popular sobrepasa, inmensamente, los homenajes oficiales.

A la hora 23 hay más de diez mil almas frente a la Universidad. Una lucha continua, obsesora, imposible, sostienen los coraceros contra el pueblo que se revuelve en la impotencia material de estar al lado, a los pies, allí cerca del Maestro muerto.

A las 24 horas del sábado, al amparo celeste de un cielo sin nubes, donde las constelaciones rutilan y tiemblan desplazándose en silencio, Rodó duerme su primera noche de la patria, entre la llama de las antorchas, los pilares de flores y coronas, el perfume místico del incienso que sube y el rumor de mar encrespado de la muchedumbre.

Pocos momentos antes, el doctor Carlos M. Prando ha dicho una conferencia sobre el héroe, al fulgor inquietante de los hachones. Doblan las campanas de una marcha fúnebre que acongoja el espíritu, y surge, de pronto, el clamor estentóreo de la multitud que detiene el tráfico urbano hasta más allá de dos cuadras, en una impulsión arrebatada, que hace pensar en la potencia de aquella masa popular y en ese olvido inexplicable de los comisionados para realizar el homenaje.

Al dar la media noche, como si vinieran de más allá, y se levantaran resonando, entremezclados con la sinfonía orquestal, se alzan los coros magníficos de la Asociación Coral que canta el *Chant Funèbre de Chausson*. A las primeras voces, la muchedumbre desordenada aquieta su rugido, y se hace un silencio pavoroso sobre el que se desgranán los coros sagrados. Y el

canto impresionante, hondo, melodioso, llena de eternidad y satura de infinito el alma recogida de la multitud en éxtasis. Ariel abrió sus alas inmensas y sutiles sobre aquellos millares de cabezas descubiertas que las antorchas iluminan fantásticamente. Y los trenos temblorosos que ascienden a las estrellas como el misterio perfumado del incienso, realizan el milagro orfeico y divino. La multitud apeñuscada que bramaba por hacerse espacio en batalla con la fuerza pública, se sobrecoge de pronto, al influjo misterioso de la música y los cantos. Son ciento veinte voces que claman con clamor religioso y musical, al compás de la orquesta solemne, la emocionante canción de Chausson.

En seguida, la Asociación Coral, canta el "Hostias" de Mozart, que reza por el alma liberada del mundo, con una grandiosidad sublime. Hay mujeres que sollozan; los hombres se han vuelto pensativos; el alma se desprende del cuerpo; las antorchas esparcen sus luces agitadas por el aire trágico; la música resuena en los ámbitos atriales, se expande sobre el pueblo inmenso y sube vibrando, vibrando en el espacio azul-ace-ro de la noche.

La emoción roza la frente, las manos, el corazón de aquellos millares de seres. La Asociación Coral, que componen un grupo de damas representativas y de caballeros honorables de nuestra más alta sociedad, ha rendido un tributo impresionante y supremo, que colmó de belleza y anegó de idealidades, la velada majestuosa del sábado.

En la madrugada, la plazoleta de la Universidad y las calles adyacentes continúan repletas; las damas pasan con sus ramos de flores; las guardias de honor se turnan sin cesar; la banda municipal desarrolla su retreta fúnebre de repertorio clásico; cuatro grandes braceros de hierro alzan su llamarada simbólica como

cuatro anchas piras antiguas cuyas brasas encendidas alumbraran las fiestas glorificadoras de los dioses. La mañana llega pronto, y las primeras claridades son tibias y dulces, rozando las frentes pálidas de los últimos que se van y de los primeros que llegan. Ha sido una jornada inolvidable.

A las 10 horas del domingo hemos vuelto a ver los funerales, y el túmulo ya no es más que un montón de flores y coronas, alrededor de las que las guardias ciudadanas y militares cumplen su religioso cuarto de hora. La multitud persiste y como un río de gente asciende la escalinata del ala izquierda, — mujeres, niños, obreros, estudiantes, — y desciende luego por la derecha para volver a detenerse largamente delante del catafalco.

Por allá arriba, unas palomas blancas, que siempre anidan entre las molduras y los capiteles de la Universidad, revuelan, al sol de la mañana rubia como unas pequeñas almas rítmicas de sutil plumón lírico, que quisieran caer, en mensaje celeste, sobre el féretro inmóvil que desconoce todo, la luz, el aleteo y el sonido.

A medio día, las flores son tantas que se derraman por la escalinata y los pilares. El gentío continúa.

Desde las 14 horas el ejército se va tendiendo en línea de batalla, — de acuerdo con el ceremonial dispuesto, — desde más arriba de la Universidad hasta los portones del Cementerio Central. Son más de veinte cuadras, donde los batallones se sitúan por su orden, caballería primero, artillería después, infantería por fin. El general Da Costa manda y ordena la parada.

A las 15 llega el Presidente de la República al paraninfo de la Universidad. Va a iniciarse la jornada culminante, y la ciudad entera está presente. Ministros, Consejeros, Embajadores, altos funcionarios públicos, el arzobispo, rodean al primer magistrado de

la Nación. La expectativa tiene la majestad luminosa de un momento indecible. Se han convocado en una asamblea ciclópea cien mil almas estremecidas. El sol brilla en las armas de los soldados, en los uniformes de gala, en el túmulo de flores, en las banderas enlutadas, en los cañones en fila.

Es el fulgor solar de una fiesta griega, a cielo abierto. Junto mismo al catafalco, de frente hacia la multitud, el poeta de la patria, — esa gloriosa figura de don Juan Zorrilla de San Martín, — pronuncia su brillante oración fúnebre, en nombre de su excelencia el Presidente de la República. La postura del poeta, su voz cálida y su ademán tribunicio, su verdadera elocuencia, que subyuga y domina al auditorio, hacen vibrar los espíritus sugestionados, como si trepidara la tierra.

A las 16 comienza el desfile hacia el Cementerio. La cureña que lleva la caja va materialmente cubierta de flores, entre la doble hilera de los cadetes de la Escuela Militar, vestidos de gala. Encabezan aquel cortejo nunca visto, el Presidente de la República, los hermanos de Rodó, el comisionado Bachini, los Ministros de Estado, la comisión de homenaje. Apenas si pueden abrirse paso entre la muchedumbre, que rompe el orden establecido, y relega a una cuadra de distancia la guardia montada de los Blandengues de Artigas que debieron cerrar el núcleo presidencial del Juelo.

Y ya pasa el cortejo por la Avenida 18 de Julio. Y los batallones presentan armas y derrotan las banderas. Y las damas que ocupan los balcones del trayecto arrojan flores con un ademán armonioso y gentil. Y la gran columna se envuelve de himnos fúnebres, de sol de última hora, del rumor inquietante de la multitud que como un torrente tumultuoso va sobre el as-

falto enarenado de la Avenida y desemboca en avalancha por la calle Yaguarón.

Entre el atropello ansioso del pueblo pasan ahora, relegados a segundo término, los diputados y los senadores nacionales. Más atrás todavía, vienen damas, maestras, estudiantes, delegaciones extranjeras, el cuerpo diplomático, representantes del interior, la masa inmensa, grandiosa, incomparable. Es el bosque humano de una nación entera.

Y arriba de los árboles, colgados en las rejas y en las puertas, encaramados en los pilares y junto a las columnas, el gentío inacabable. Pasan veinte minutos, antes que el introductor de embajadores, pueda hacer llegar a la tribuna a los oradores oficiales, los únicos a quienes se ha permitido la oratoria.

Allá, detrás del Cementerio, en la rampa que da mar, la artillería descarga sus cañones como una serie de truenos continuados que pasaran rodando por el horizonte. Acá, frente a la tapia de entrada, los batallones de infantería cumplen también las ordenanzas. Se pronuncian una tras otra las nueve oraciones fúnebres que permitió el protocolo. El pueblo no puede oír los discursos, pero está ahí, de pie, firme en su apoteosis.

Conducen el féretro a la capilla de la Rotonda y los clérigos offician la ceremonia ritual que pidió la familia Cirios, antorchas, latines, incienso...

Por el camino más corto, ya en la penumbra del atardecer, simplemente, la Comisión de Homenaje deposita en el Panteón Nacional, bajo el nicho de Juan Carlos Gómez, frente a las cenizas de Artigas, los despojos del Maestro.

Recién entonces se abren los grandes portones de entrada, pero el público no puede pasar, no cabe allá dentro. La comitiva oficial y la familia se retira por

las vías laterales, mientras la concurrencia permanece como arremolinada. La apoteosis popular toca a su fin, — tres veces mayor en su expresión y en su grandeza, — que todas las honras fúnebres determinadas.

El Panteón Nacional se llena de coronas de bronce, de placas de mármol, de montones de flores blancas y rosadas, que afrontan la luz rutilante de la inmortalidad del Maestro, bajo el arco sepulcral de los héroes de la patria, donde él se queda para siempre, ya universalmente consagrado.

Afuera se hace la noche sobre la muchedumbre que vuelve invadiendo todas las calles de la ciudad, mientras suenan lejanos los clarines victoriosos, y como en la última página de "Ariel", — la multitud desfila en el largo silencio de su desolación, destilando su dolor, hasta que el contacto de la realidad nos devuelve a la vida, bajo el cortejo infinito de las estrellas que desde el cielo nos están mirando sin precisar que nosotros las miremos.

TELMO MANACORDA.